

# Contamos con todos

**E**ste año 2005 se ha caracterizado por la histórica entrada en vigor del Protocolo de Kioto, excelente muestra de cómo un problema ambiental termina calando en la sociedad en su conjunto, de cómo lo medioambiental hace tiempo que no es sólo una preocupación de ciudadanos más o menos ilustrados. Hoy día la defensa de los valores naturales implica a la mayor parte de la población, que ve con claridad que los efectos negativos perjudican a todos. Estamos, pues, en una nueva fase en la que existe una auténtica presión social, derivada de la conciencia generalizada de que un medio ambiente saludable supone, no sólo la supervivencia de especies, ecosistemas y paisajes, sino nada menos que calidad de vida para nosotros y para nuestros descendientes.

Una sociedad moderna como la andaluza incorpora nuevas demandas, y a educación, sanidad o infraestructuras se ha sumado lo medioambiental. Los ciudadanos exigen –como no puede ser menos– sus derechos a las Administraciones responsables en cada ámbito. En este aspecto es obvio que hay una gradación de sensibilidades, y no todo el espectro político muestra el mismo compromiso ante el auténtico progreso social, el que no va mermando de forma insustituible los recursos naturales. El respeto al medio ambiente no se limita a una galería de gestos con el marchamo fácil de lo ‘verde’; el compromiso se demuestra tomando decisiones valientes, a veces de difícil encaje en la opinión pública. Un desarrollo que pasa por agresiones en la ocupación del suelo, en la calidad de los acuíferos o en la eliminación de biodiversidad que no van a tener vuelta atrás, nunca es la opción siquiera a medio plazo.

A la presión social citada, no obstante, le falta

un paso más, el de la acción personal, el de ejercer no solamente los derechos, sino también los deberes que nos incumben en el objetivo irrenunciable de un desarrollo sostenible, o sea, de legar a nuestros hijos una región, un planeta, siquiera con las mismas condiciones de habitabilidad que el actual. En cualquier ámbito de nuestra actividad diaria es posible colaborar. Desde el reciclado de residuos a una movilidad sostenible; del respeto al derecho al silencio a un consumo responsable.

En este sentido hay dos aspectos en este cuasi inicio de verano dignos de resaltar. La primera es la actitud militante en pro de nuestro patrimonio forestal, de la extraordinaria ‘fábrica’ de bienes –agua, madera, corcho, caza, etc– y servicios –lucha contra la erosión, recreo estético, biodiversidad– que es nuestro monte mediterráneo. Para ello nada mejor que evitar conductas de riesgo de incendios forestales. Nueve de cada diez siniestros tienen detrás la mano del hombre en forma de colillas, quemas de rastrojos o abandono de residuos. Sin el factor humano, estas emergencias que ponen en riesgo vidas humanas se reducirían al mínimo.

La segunda tarea se centra en el buen uso de un recurso natural, vital, escaso e insustituible: el agua. En brevísimo plazo estará agotada la capacidad de nuestros ríos para acoger nuevos embalses. Andalucía tiene el agua que tiene, su climatología mediterránea nunca dará para más. Todos –en especial agricultores y consumidores urbanos– tenemos la obligación ineludible de utilizar el agua como el tesoro que es, haya o no déficit de lluvias.

Contamos con todos. Un pequeño paso de cada cual tiene un valor incalculable para nuestro medio ambiente. Al menos en el Día Mundial, reparemos en que los valores naturales de Andalucía, nuestra casa común, deben ser nuestra causa común. 